

LO NACIONAL-POPULAR EN EL ROMANTICISMO MEXICANO*

Carlos Illades Aguiar

Carlos Illades Aguiar es profesor-investigador de la Universidad Autónoma Metropolitana Iztapalapa. Doctor en historia, es integrante del Sistema Nacional de Investigadores. Entre sus libros destacan *Presencia española en la república mexicana. 1910-1915* (1991), *Hacia la república del trabajo. La organización artesanal en la ciudad de México. 1853-1876* (1996) y *Ciencia, filosofía y sociedad en cinco intelectuales del México liberal* (2001).

***Texto leído en el coloquio internacional El nacionalismo mexicano ayer y hoy, ciudad de México, organizado por la Secretaría de Cultura del Gobierno del Distrito Federal y la Universidad Autónoma Metropolitana, 10-12 de septiembre de 2003.**

José Álvarez Junco (2001) y Perry Anderson (2002) hablan de un “nacionalismo romántico”, en donde, de acuerdo con el pensador inglés, la definición de la nación no es política, como en el patriotismo ilustrado, sino cultural, “y su piedra sería la lengua, en tanto que transcripción acumulada de la experiencia de pasadas generaciones” (9). Para el historiador español el romanticismo agregó al nacionalismo una “manera colectiva de entender al mundo y expresarlo culturalmente” (187). A este momento cultural hizo referencia Eric J. Hobsbawm (1991), apoyándose en Miroslav Hroch, cuando observó que el nacionalismo, en un inicio, fue una expresión cultural, folclórica y literaria, carente de implicaciones políticas y de articulación con movimientos de masas. Después aparecieron las ideologías nacionalistas, ligadas frágilmente a campañas políticas, y por último emergió el nacionalismo militante (20).

Ernest Gellner (1991) y Edward W. Said (1996) sitúan el fenómeno nacionalista dentro de procesos más generales. El sociólogo checo lo asocia con la industrialización, la cual requiere de una sociedad cohesionada y culturalmente homogénea.¹ El escritor nacido en Palestina lo enmarca dentro del imperialismo, subrayando la actitud de resistencia

anticolonial que conlleva: “Nunca se dio el caso de que un activo agente occidental tropezase con un nativo no occidental débil o del todo inerte ...” (12). A la vez que los imperios tratan de hundir raíces históricas en las naciones dominadas, éstas fincan su legitimidad en un pasado idílico, construido a modo.²

Con algunas excepciones, los estudios acerca del nacionalismo mexicano se han dirigido hacia el nacionalismo revolucionario, es decir, a la fase en la que posee una ideología y adquiere un cariz militante. Sin embargo, autores como David Brading (1985) y Eric Wolf (1985) se remontaron a los antecedentes. El primero, en su estudio acerca del patriotismo criollo, notó el afán de distanciamiento de su raíz española al incorporar a los antiguos mexicanos dentro de los primeros esbozos de la historia patria. La Guadalupana sirvió para socavar el ascendiente de la Iglesia metropolitana sobre las almas nacionales y arraigar una novohispana. Mito e historia se conjugaron para hacer el milagro de liberar a los criollos de sus orígenes peninsulares. Para Wolf cuando los mestizos cubrieron el vacío social dejado por la autoridad colonial y afianzaron su dominación, combatieron a los enemigos reales o simbólicos de la patria mexicana: primero, el español; después, el estadounidense.

Octavio Paz (1999) y Roger Bartra (1993) localizaron los fundamentos intelectuales del nacionalismo mexicano en el porfiriato y su “praxis” a partir de la revolución mexicana. El primero consideró a Justo Sierra pionero en la concepción de México como “realidad autónoma, viva en el tiempo”, con una historia que “posee un sentido y una dirección” (146). Bartra encontró gran parte de los rasgos del carácter nacional “descrita, exaltada y criticada por los intelectuales positivistas y liberales de principios de siglo” (18). Para el poeta la revolución fue “una búsqueda de nosotros mismos y un regreso a la madre”, y el zapatismo histórico reanudó “los lazos con el pasado, rotos por la Reforma y la dictadura” (162).³

A nuestro juicio, el ciclo de la revolución burguesa, que corre desde la guerra de independencia hasta la revolución de 1910 (Semo, 1981), vino acompañado por la gestación de la conciencia nacional en los planos cultural y literario. El ascenso de una nueva clase, la fractura de un orden racial (así no fuera definitiva como aún podemos observar) y la separación de la metrópoli europea, fueron el sustrato histórico en el cual elementos diversos, tomados de la historia

y la lengua, se engarzaron en un discurso referido a la identidad (nacional) y a la patria (mexicana). Las guerras con las potencias extranjeras le proporcionaron una base empírica de acontecimientos y personajes emblemáticos integrables dentro de una épica histórica y literaria, que actualizó los mitos fundadores de la patria, dirigida a afianzar valores, reforzar las convicciones del lector, presentar didácticamente el ideario liberal, castigando a los traidores y abordando la reforma social.⁴ Estos propósitos orientaron a las nuevas producciones textuales, dirigidas a un público letrado en proceso de expansión y sobre el cual pendía la expectativa política y cultural de construir la nación.

Editores y lectores

En el siglo XIX se expandió la prensa periódica y comenzaron a circular revistas temáticas y especializadas, ya fueran políticas, humorísticas, literarias, científicas o misceláneas, muchas veces ilustradas. *El Periquillo Samiento* se editó en 1816, y en la década de 1830 cundió la novela corta, culminando la narrativa de la primera mitad del siglo con *El fistol del diablo* (1845-1848).⁵ Después de la Reforma el género parece haberse consolidado, teniendo como destinatario a un público relativamente amplio: la primera edición de *Calvario y Tabor* (1868), de Vicente Riva Palacio, por ejemplo, constó de seis mil ejemplares y se agotó en un mes. Este hecho, complementado con el previsible préstamo de los cuadernillos a otras personas y la práctica corriente de la lectura en voz alta, permite estimar que durante el primer año de circulación el manuscrito fue conocido por más de treinta mil personas (Ortiz Monasterio, 1994).⁶

La imprenta y los oficios desarrollados en torno a ella vivieron una expansión en el siglo XIX no obstante que la economía posiblemente permaneció estancada, lo cual podría ser un indicio del crecimiento de la cultura letrada: mientras en 1794 la imprenta representaba 1% del total de giros industriales de la ciudad de México, hacia 1865 la proporción ascendía a 3% (Illades, 2001). Los registros fiscales de ese último año consignan veintiuna imprentas tipográficas.⁷

Entre otros títulos, la Imprenta de Abadiano y Valdés editó la revista *El Año Nuevo. Periódico semanario de literatura, ciencias y variedades*. Andrade y Escalante realizó la primera edición del *Catecismo elemental de historia de México* de José María Roa Bárcena. Ignacio Galván Rivera publicó *El Periquillo Samiento, El Año Nuevo. Presente amistoso, El Recreo de las Familias*, sus famosos calendarios, una edición mexi-



cana de la Biblia de Vence, en veinticinco tomos, libros jurídicos y de cocina, además de un apreciable número de folletos sobre temas diversos; Ignacio Cumplido las revistas *El Mosaico Mexicano* y *La Ilustración Mexicana*, la traducción al castellano de la *Historia de México* de William H. Prescott, la Constitución de 1857, así como el *Compendio de gramática de la lengua española* de Nicolás Pizarro y muchísimos folletos; Manuel Castro las novelas de Juan Díaz Covarrubias.

Además de los mexicanos, impresores y litógrafos extranjeros publicaron textos en lenguas distintas del español para abastecer de información sobre todo a los inmigrantes y, en su caso, a los ejércitos de ocupación. A veces, mediante convenios o filiales en Estados Unidos y Europa, editaron libros, calendarios y folletos que se venderían en México.⁸ María del Carmen Reyna (2001) consigna 33 publicaciones de este tipo a lo largo del siglo XIX: 17 en francés, diez en inglés, cinco en alemán y una en italiano. Estos editores, al igual que los mexicanos, vendían libros, suscripciones y otros materiales de lectura en sus establecimientos. Además, era común que en periódicos y revistas se dieran a conocer a los autores europeos contemporáneos.

No sabemos hasta qué punto el desarrollo de la industria editorial incrementó el número de lectores, lo cierto es que puso a disposición del público libros de temas muy variados, compendios de leyes, revistas literarias, científicas y de entretenimiento (o una mezcla de esos tres campos), periódicos y traducciones de textos clásicos y de moda. Aunque sería excesivo hablar de una masificación de la lectura, se puede pensar en un crecimiento y diversificación de los receptores de la cultura escrita, que incluía ahora a las clases medias y altas y a una porción del artesanado urbano. También se incorporó a las mujeres dentro de este contingente letrado, como destinatarias de algunas de las revistas literarias y de entretenimiento.

Pueblo y nación

Raymond Williams (1984) plantea que en la formación de la identidad nacional habitualmente se recurre a la historia para extraer de ella eventos, ejemplos y fechas emblemáticas que conciten entre los individuos un sentido de pertenencia a la sociedad, y por extensión al Estado-nación erigido en su forma política, operándose un procedimiento selectivo de “la historia subyacente de esa identidad que se quiere imprimir, y se repiten esas versiones en todos los niveles, desde las imágenes y anécdotas más simples hasta libros de texto aparentemente serios” (211). El resultado es una visión más o menos uniforme de los procesos históricos y sociales, donde las contradicciones parecen estar ausentes. La historia patria confeccionada por el romanticismo se ajustó a este ejercicio consciente e intencional de producción de significados que, a su vez, esbozó imágenes y provocó sentimientos (deseablemente nobles y patrióticos) en el público lector, particularmente entre niños y jóvenes, consumidores de los libros de texto como los de Manuel Payno y Guillermo Prieto, que proliferaron en el siglo XIX. Idéntico propósito tuvo la novela histórica que germinó en esa época.

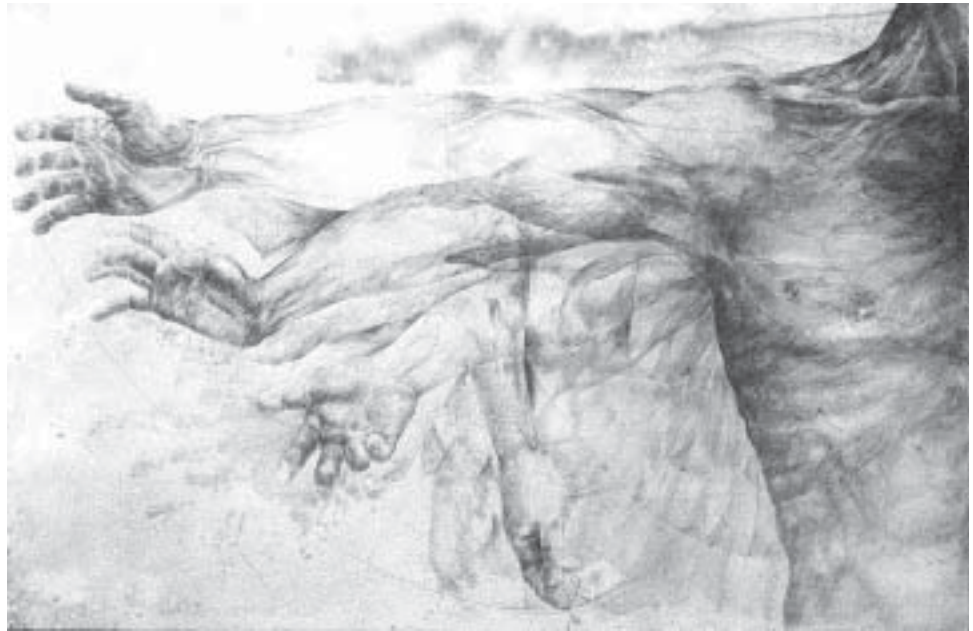
La nación mexicana amenazada por las potencias extranjeras fue escenario propicio para el surgimiento de una épica histórica, literaria y gráfica exaltadora del protagonismo popular al rescate de la patria sometida. Juan Díaz Covarrubias se propuso escribir una serie de novelas que contara la historia del país desde la Independencia hasta la guerra con Estados Unidos: al respecto sólo consiguió escribir *Gil Gómez el insurgente o la hija del médico* (1859), en la que, utilizando como fuente documental *El Diario de México* de Carlos María de Bustamante, trazó una continuidad histórica entre los antiguos mexicanos y la gesta insurgente. Ésta,

según el escritor, significó la emancipación de una nación oprimida (la mexicana) de la tutela peninsular, y a la vez una lucha de la gente pobre (los indígenas) con los acaudalados españoles, los aristócratas, es decir, una disputa social inserta dentro de un conflicto étnico —“de castas”, la llama— y de una lucha nacional: “aquel eco de libertad, lanzado desde el rincón de un pueblo miserable por un modesto párroco, había encontrado un eco de música en todos los corazones de los buenos mexicanos” (II: 231).

Gil era un muchacho de extracción humilde que su madre viuda cedió a la tutoría del hacendado don Esteban. Más diestro en las actividades físicas que en los ejercicios intelectuales, el joven estaba adornado con todas las virtudes del estereotipo campirano: sencillez, generosidad, valentía, rectitud, laboriosidad, economía, honradez, sensibilidad, astucia, gratitud, nobleza y espíritu justiciero. “Hijo privilegiado de la naturaleza”, observaba rigurosamente sus leyes (II: 174). Siguiendo a un amigo muy cercano, el muchacho sale del pueblo de San Roque y va a dar casualmente a la casa de Miguel Hidalgo la noche del 15 de septiembre de 1810. Magnetizado por el benévolo cura, instantáneamente se persuade de las bondades de la causa y acepta el grado de capitán. Pronto se convierte en el miluso de la insurgencia: hace repicar las campanas de Dolores, carga el estandarte de la virgen de Guadalupe, se entrevista con el intendente Riaño antes del asalto a la Alhóndiga de Granaditas, es el primero en entrar después de que cayó la puerta, vigila que las huestes de Hidalgo no se entreguen al saqueo, se convierte en secretario y en ángel de la guarda del prócer, acechado por un aristócrata traidor (y además español). Ya nunca perderá esta función tutelar: vigila a su pueblo, pelea en la guerrilla de Guadalupe Victoria, castiga a los malvados. Gil Gómez se transmuta en Gil Pueblo.

Para un nacionalista recalcitrante como Bustamante la invasión estadounidense de 1847 representó un ultraje mayúsculo que, según se cuenta, adelantó su muerte. *El nuevo Bernal Díaz del Castillo, o sea la historia de la invasión de los anglo-americanos en México* (1847) encierra su testimonio

de esta tragedia histórica.⁹ A su entender hay un origen y un responsable detrás de ella: la colonización de Texas por parte de los estadounidenses y Antonio López de Santa Anna, respectivamente. En San Jacinto se selló este desenlace, debido a la impericia del caudillo, “a su indolencia en echarse a dormir la siesta a vista del enemigo y a su ignorancia, pues cuando lo buscaba lo tenía a retaguardia, habiendo manda-



do destruir un puente que tenía a este lado, y por cuya medida él mismo se imposibilitó su fuga y retirada, y cayó prisionero” (I: 48).

En su desgarrada crónica busca establecer el origen de los problemas presentes, aunque enlista tantos puntos de partida que nubla cada vez más la posibilidad de esclarecer la relación causal de los acontecimientos: la colonización del septentrión, como se mencionó, la actividad de las logias masónicas, el gobierno del general Mariano Paredes y Arrillaga, los intereses opuestos de los estados de la república y otros eventos más. Antonio López de Santa Anna, sin embargo, aunque cada vez acompañado de un mayor número de traidores, permanece como la figura más nefasta del periodo porque “no nació sino para hacer males a la nación” (I: 92). Frecuentemente menciona la intervención de la providencia en el curso de los destinos patrios, directamente o por la acción de sus agentes humanos. Aunque católico practicante, Bustamante la emplea más como recurso retórico que como fuente de explicación de los sucesos relatados. De lo que no cabe duda es su convicción de que el escenario histórico está poblado fundamentalmente por dos tipos de hombres, los héroes y los ruines.

Al periodista oaxaqueño no pareció impresionarle gran cosa el ejército estadounidense, al que pintó mal avituallado y vestido, no muy bien armado y formado por hombres de mediana estatura: “cuántas relaciones nos habían hecho de tallas *hercúleas* y de formas elegantes y atléticas, han sido exageración de la malicia o el miedo” (II: 170. Subrayado del autor).¹⁰ Más bien le pareció extenuado y falto de mo-



ral. Entonces, la explicación de la derrota no había que buscarla en la superioridad militar del invasor ni en la cobardía de las tropas mexicanas, “sino la seducción y corrupción de costumbres nos han dado estos tristes resultados” (II: 175) y en las torpezas de Santa Anna, porque “la inmoralidad no ha emanado de los pueblos, sino de nuestros gobernantes: un gobierno justo, puede moralizar pronto a sus subordinados” (II: 184).

Recuerdos de la invasión norteamericana (1846-1848) por un joven de entonces, de José María Roa Bárcena, es un texto armado sobre la base de sus artículos periodísticos de 1876 y 1877, dándoles nueva forma, suprimiendo digresiones, agregando fuentes oficiales estadounidenses y comentando la historiografía del periodo. En él el escritor jalapeño renegó de la invasión, ofreció una narración meticulosa de los acontecimientos, comprometida con la causa nacional y ponderada en la interpretación, escrupulosa del manejo de fuentes y testimonios. Roa Bárcena trató de dar una explicación objetiva que no se redujera a la simple condena moral, a argumentar una mala pasada del azar o a proferir invectivas patrioterías.

El historiador veracruzano criticó la ceguera de los políticos mexicanos que creyeron factible ganar la guerra y recuperar Texas, ignorando el prudente realismo del presidente José Joaquín Herrera, que no veía más remedio que la aceptación del hecho, de otra cesión territorial, y una salida diplomática al conflicto. No achacó la responsabilidad del fracaso militar a Santa Anna, quien hizo cuanto pudo. En última instancia, Estados Unidos habrían encontrado cualquier pretexto a modo para invadir, dado que los confederados sureños tenían los ojos puestos en el septentrión mexicano. El atraso material, la desorganización del país y la “debilidad de la raza” están en la base del desastre de 1847:

Cuando el nuestro [habla del ejército] atraviesa el Bravo para ir a atacar al enemigo, emplea en ello veinticuatro horas por tener que hacerlo en dos chalanes, y da tiempo a Taylor para emprender movimientos y elegir posiciones; cuando regresa derrotado, se ahogan multitud de solda-

dos por la misma carencia de barcas; en Palo Alto no hay un solo médico ni un miserable botiquín para atender a los heridos; en Matamoros quedan abandonados equipajes, parque y cañones por falta de carros y de tiros. Este contraste, fuertísimo para México... constituye, a mi juicio, la razón capital del triunfo del invasor (I: 73).

Roa extrajo de la experiencia de 1847 conclusiones polémicas. Para evitar otra invasión estadounidense México debería apoyarse en la Europa católica, baluarte de la civilización y amante de la libertad, aceptando su benigna protección y tutela. En esta hipótesis, endosar la independencia política a países más parecidos al nuestro (¡finalmente del viejo continente vinieron nuestros antepasados!) preservaría la unidad y cultura nacionales. No así con la presencia estadounidense, depredadora y opuesta a los valores autóctonos más caros, y sobre todo, corrosiva para la fe católica, condición de posibilidad de la mexicanidad: “La vanguardia de los latinos en el nuevo mundo [se refiere a México], podría en el momento supremo formar en batalla contra el enemigo común, bajo la única bandera propia y tradicional de su raza” (III: 355). Esta bandera es el catolicismo.¹¹

A través de una trama amorosa, que envuelve a un artesano indígena con una muchacha rica, *El monedero* (1861), de Nicolás Pizarro, presenta los sucesos de la historia patria como una sucesión de desatinos políticos y desgracias sociales: la Iglesia, parte de los acaudalados (que se inventan apellidos y títulos para recordarnos su origen español), los políticos y una porción del ejército conspiran para hacerse del poder que habían perdido transitoriamente, sin reparar en la inminencia de la invasión estadounidense que acabará por arrollarlos junto con el país. Pizarro dictó un juicio histórico sumario contra las clases y políticos a cargo de los destinos patrios, colocándolos al lado del enemigo, en calidad de cómplices o abiertamente como traidores a la causa nacional, opinión que compartía Guillermo Prieto (1999).

Para el autor de *El monedero* es un conflicto dentro de la elite lo que condujo al colapso de 1847, pues su ambición ciega, el cálculo de la ganancia inmediata y sin esfuerzo y su afán aristocrático no la hizo reparar en el bien común sintetizado en la nación. Del otro lado emerge “el pueblo” compuesto por trabajadores manuales, indígenas, hombres y mujeres ocupados en actividades productivas, curas comprometidos con sus feligreses, ricos arrepentidos y proclives a compartir sus bienes, soldados patriotas y gobernantes honestos. Su capacidad de decisión es poca, pero la suma de sus acciones heroicas permiten recobrar la patria perdida y formar una nueva nación sustentada en el trabajo.

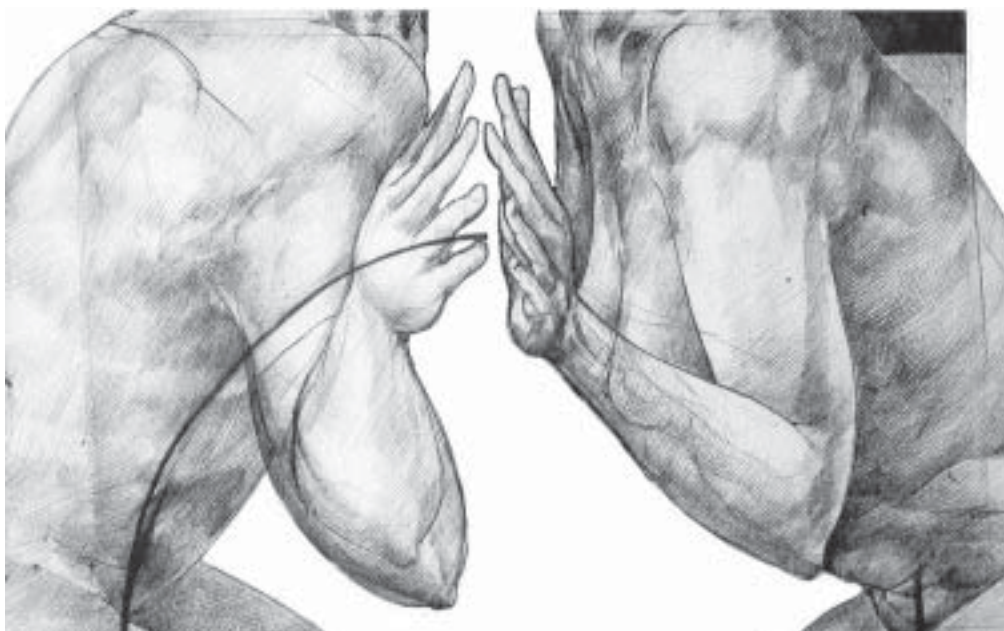
Pizarro intercaló sucesos reales, incluso descritos con detalle, en medio de los eventos ficticios. Este recurso le permitió dar un contenido que acercara al lector con la narración, en la medida en que le concernía lo allí tratado, a la vez que le permitió construir una realidad al arbitrio del autor. El artificio literario quedó al servicio de la asociación armonizadora de pasiones, actividades y goces. Desde esta perspectiva, la literatura abriría el camino hacia la sociedad ideal concebida como una utopía, que tiene de un lado los principios liberales como marco legal de la república, y del otro al falansterio como célula social básica y unidad económica productiva. El pueblo reconstruido por ciudadanos trabajadores y virtuosos viviría allí en embrión, acreditando con ello el ideal romántico de que las instituciones deben

consagrarse a algún objetivo de vida en común acorde con un progreso espiritual (Berlin, 2000).

Pizarro fue de los primeros escritores mexicanos que volvió al conflicto social tema literario, aunque lo abordó con las herramientas conceptuales del primer socialismo. Es así que la trama social tiene por actores a una aristocracia ociosa y a las clases productivas (fabricantes y trabajadores). En realidad el conflicto es a la vez social (entre grupos) y moral (entre el bien y el mal). La persuasión, la cooperación, la asociación y el ejemplo son los instrumentos para dirimirlo. El autor revive el escenario de la conquista al oponer a españoles (o hispanizados) e indígenas, subsumiendo el problema étnico dentro de la disputa social: unos son los ricos capaces de enajenar la patria; otros conforman el pueblo trabajador encargado de salvarla.

La intervención francesa volvió a reordenar la percepción de los intelectuales mexicanos sobre Estados Unidos y Europa. El primero pasó de invasor inmisericorde a salvaguarda de la independencia nacional; Europa, y en particular Francia, de benéfico contrapeso al expansionismo estadounidense, a sustento de proyectos políticos retardatarios y a alentadora de la conducta pública más fatua. ¿En qué cabeza cabía concebir la monarquía en un país republicano por el lado que se le viera? Ésta parece ser la conclusión de Juan A. Mateos en sus novelas históricas, evocadoras de esa experiencia que le parece aciaga y edificante.

El Cerro de las Campanas culpa a los acaudalados mexicanos, al clero católico y a Napoleón III del conflicto bélico.



El novelista liberal¹² se solaza describiendo los diálogos cotidianos de las familias de la elite económica que, en una mezcla de absurdo y ridiculez, se presentan como una aristocracia “a la europea”. Jactanciosos y fútiles, desprecian a sus demás paisanos y rechazan todo lo que huelga a republicanismo. Ni siquiera los cambian los atropellos en su contra cometidos por el arrogante ejército francés, que utiliza y dilapida sus bienes, burla a sus bellas hijas y los trata cual aristocracia pueblerina, a quienes los hace sopesar los costos de la invasión. Aceptan cualquier cosa con tal de vivir su fantasía y borrar del mapa al México que no les gusta.

Mateos no tiene duda de quiénes son los buenos y cuáles los malos dentro del drama nacional. No perdona ni a Napoleón III ni a los conservadores, pero es indulgente con la “pareja imperial”, mostrando su lado humano, la precariedad de su situación y los claroscuros de su conducta: ellos también ocupan un sitio dentro del lado de las víctimas. Sin embargo, esta consideración no los coloca dentro del mismo plano que a los republicanos y a la guerrilla popular que pagaron con creces los costos de la invasión. Para ellos reserva la categoría de héroes.

Como en un juego de espejos, en la novela de Mateos la guerra engrandeció la imagen de Estados Unidos al presentarlos como la nación de la libertad y los celosos vigilantes de la independencia latinoamericana. La costosa aventura napoleónica, y el indispensable contrapeso de la potencia norteamericana, cauterizó temporalmente la herida del 47. Su expansionismo territorial, su fe protestante y su ideología utilitarista no fueron ahora sopesadas, por el apremio y porque los liberales mexicanos admiraban el sistema político estadounidense. También la situación del poderoso vecino había cambiado a consecuencia de su propia guerra: en todo caso era preferible el gobierno de la unión a los confederados, responsables de la mutilación territorial.

Es notable también la mengua de la estrella francesa en la recreación histórica de Mateos. Prácticamente ignora todas las virtudes con que antes se le vistió (nación católica, patria de la ilustración, fiel de la balanza europea, alternativa civilizada al expansionismo bárbaro de los anglosajones), presentándola como una fuerza retardataria que trata de obrar en un espacio geográfico que no le pertenece: en territorio americano. A Napoleón III le espeta una condena moral e histórica: “él vivirá, pero su corazón atormentado, con su

conciencia llena de remordimientos, sintiendo que aquellas víctimas [Maximiliano y Carlota] lo rodearán hasta su fin” (423).

La lucha contra la intervención francesa constituye también la trama histórica de *Calvario y Tabor*. La novela de Riva Palacio combina a personajes históricos con otros puramente literarios, quiere ir más allá de la verosimilitud y pretende tocar la realidad en su dimensión exacta. El general-escriptor, utilizando metafóricamente la pasión de Cristo, ve en el martirio del “pueblo” un paso obligado en la ruta de la resurrección. Después de penurias y sacrificios, al finalizar una guerra en que los buenos se concentran exclusivamente en el bando republicano, se llega el éxtasis patriótico, avizorándose un futuro promisorio para los hijos de la república: “Aquel supremo instante de felicidad compensaba cinco años de penalidades, de sufrimientos, de dolores. Aquel era el momento sublime del Tabor; allí la patria bella, radiante, transfigurada, contemplaba su triunfo” (522).

Conclusiones

Más allá de su relevancia estética, originalidad o pureza, el romanticismo coadyuvó a modelar la naciente conciencia nacional. La función asignada al arte, y no tanto la calidad de las formas empleadas, constituyó su aspecto fundamental. El tema de la nación atravesó la literatura e impactó la historiografía y la plástica. Cómo construir el país, qué elementos conforman la identidad mexicana, cuál es el significado de la independencia nacional, cómo acabar con la discordia y el conflicto interno, qué hacer para formar ciudadanos, cuáles son los instrumentos para arraigar los valores republicanos, fueron las preguntas corrientes del “nacionalismo romántico”.

El mensaje social romántico poseyó una fuerte carga moral y moralizante: el recto comportamiento de las personas, la disposición a conducirse acorde con los dictados de la fe y los intereses de la patria, darían la pauta. Un maniqueísmo didáctico operó en sus tramas, facilitó la exposición y abrevió la presentación de la complejidad social: aristócratas y ricos solían ser inmorales; la gente del pueblo buena por naturaleza. Esta moralización de lo social parece una reminiscencia del pensamiento ilustrado, la cual irá desapareciendo con el enfoque biologicista del positivismo.

Bajo el influjo del primer socialismo, el romanticismo miró hacia la gente común y al indígena, castigó a los aristócrata-

tas, vindicó el trabajo manual, representó e integró al pueblo e interrogó acerca de las vías para transitar hacia la regeneración de la sociedad. Estas preocupaciones sociales, aunadas a la convicción de que México era aún un proyecto por hacerse, una entelequia política que requería un contenido concreto, dotaron de materia al pensamiento utópico, que tuvo en las novelas un laboratorio adecuado para difundir sus ideas, afinar propuestas y realizar ejercicios prácticos. *El monedero* es la presentación más explícita y clara.

La novela romántica convirtió al pueblo en protagonista de la ficción literaria, alabó sus virtudes asociándolo duraderamente con la patria y su destino. En oposición a los invasores externos y a los conspiradores nacionales, descri-

tos inequívocamente como extranjerizados, el pueblo mestizo e indio se erigió garante de la soberanía nacional, depositario de los valores patrios, expresión diáfana de la mexicanidad y beneficiario directo de los proyectos de regeneración social. La emergencia de la representación del pueblo en una literatura maniquea correspondió de alguna manera a su participación efectiva en las guerras de intervención que activaron a apreciables segmentos de la población. Se puede pensar entonces que la irrupción de las masas en la narrativa del xx no sólo fue expresión de la movilización social de 1910,¹³ sino que también obedeció a una continuidad histórica que se remonta al xix y que guardó una estrecha relación con la constitución de la nación y de su identidad. •

Notas

¹Perry Anderson (1998) destaca tanto la originalidad como la insuficiencia del enfoque de Gellner, dado que deja fuera a los nacionalismos agresivos del siglo xx —el fascismo y el nacional socialismo— y resulta problemática su aplicación al mundo hispanoamericano decimonónico. Berlin (1998), quien tenía muy presente el nazismo, ve en el nacionalismo un sentimiento de inferioridad de algunos pueblos en desarrollo —“una forma patológica de una resistencia autoprotectora” (242)— ansiosos por desempeñar un papel a escala mundial. Williams (1984), en aguda observación, presenta la fusión entre el nacionalismo y la lucha por la emancipación política en el tercer mundo.

²Lo verdaderamente sorprendente, dice Williams (1984), es que los ideólogos y agentes del incesante fenómeno de la globalización capitalista “nos hablen, al resto de nosotros, por lo menos de dientes para afuera, de los valores tradicionales del arraigo, la comunidad y la lealtad” (215).

³Lomnitz-Adler (1995) introdujo coordenadas locales, regionales y raciales al bordar sobre las tesis de Paz y Wolf: “la ideología de la revolución traía, en su núcleo, el nacionalismo mestizo. Esta ideología ha sido el soporte de un Estado nacional fuerte que tradicionalmente trató de abrazar al todo social. Puede ser la razón de por qué el PRI tradicionalmente no tuvo militantes y sin embargo incluyó a la mayoría de la sociedad civil. Hasta hace muy poco, el PRI representa ba al *mexicano*” (360).

⁴Mora (2001) señala el año de 1836 como un primer momento de quiebre entre el optimismo inicial por construir la nación y la constatación de las dificultades que entrañaba, razón por la cual las clases medias y altas emprenden la renovación cultural del país.

⁵Sobre el papel de la prensa y la novela en la representación de la nación, véase Anderson (1993).

⁶Dentro del género histórico también hubo obras que rebasaron los pequeños tirajes o que se editaron varias veces. Es el caso del *Compendio de historia de México para el uso de los establecimientos de instrucción pública de la república mexicana* de Manuel Payno, cuya octava edición corrió a cargo de la Imprenta de Francisco Díaz de León en 1886, y del *Catecismo elemental de historia de México desde su fundación hasta mediados del siglo XIX, formado con la vista de las mejores obras y propio para servir de texto a la enseñanza de este ramo en nuestros establecimientos de instrucción pública* de José María Roa Bárcena, reeditado por sexta ocasión en 1888 por la Imprenta de Francisco Díaz de León. Las *Lecciones de historia patria*, escritas por Prieto para los alumnos del Colegio Militar, texto de lectura obligatoria en la Escuela Nacional Preparatoria y en los colegios de instrucción superior del país, se editó por quinta vez en 1896.

⁷*Calificación de establecimientos industriales*, 1865, Archivo General de la Nación, Padrones: c. 4, f. 14. Paralelamente al esfuerzo de los privados, instituciones públicas como el Técpam de Santiago Tlatelolco, dependiente del ayuntamiento de la ciudad de México, o la Imprenta del gobierno en Palacio publicaron manuscritos.

⁸Según el impresor Juan de Mata Rivera el principal problema de la industria editorial mexicana era el alto costo del papel, lo cual hacía más cara la elaboración de un libro en México que su impresión en Francia y los correspondientes gastos de envío hacia nuestro país. “Una ley necesaria para el desarrollo de la imprenta”, *El Socialista*, 23 de julio de 1871.

⁹A Bustamante le correspondería reunir y dar forma al primer *corpus* documental de la insurgencia. Tanto éste como fray Servando Teresa de Mier destacaron el contenido popular de esta gesta: “las masas populares, los hombres humildes y anónimos convertidos en llama revolucionaria, y los dirigentes que abanderaron la causa popular son

los héroes que merecen las loas más emotivas del cronista" oaxaqueño (Florescano, 2002: 301-302).

¹⁰Su descripción contrasta dramáticamente con la de Payno, deslumbrado por la estatura de los soldados y la estampa de sus frisonas: "caballos enormes y salvajes voluntarios cayeron, hartos los unos y ebrios los otros" (VII: 653).

¹¹Dentro del conjunto de imágenes históricas extranjeras publicadas en la prensa ilustrada mexicana de la primera mitad del siglo XIX predominaban claramente las europeas, particularmente las francesas y españolas (Pérez Viejo, 2001).

¹²En su gran mayoría los historiadores-novelistas y los novelistas-historiadores de esta generación "guardan la forma romántica con un fondo de pensamiento liberal" (Vázquez, 1960: 4).

¹³Para una problematización de los enfoques acerca de la cultura popular del México revolucionario, véase Joseph y Nugent (2002).

Bibliografía

Álvarez Junco, José (2001), *Mater dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*, Madrid, Taurus.

Anderson, Benedict (1993), *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y difusión del nacionalismo*, México, Fondo de Cultura Económica (Colección Popular, 498).

Anderson, Perry (2002), "Internacionalismo: un breviarío", en *New Left Review* [edición castellana], 14, 5-24.

Bartra, Roger (1996), *La jaula de la melancolía. Identidad y metamorfosis del mexicano*, 2ª ed., México, Grijalbo.

Berlin, Isaiah (1998), *El fuste torcido de la humanidad. Capítulos de historia de las ideas*, prólogo de Salvador Giner, edición de Henry Ardí, Barcelona, Península (Historia, Ciencia, Sociedad, 229).

(2000), *Las raíces del romanticismo*, edición de Henry Ardí, Madrid, Taurus.

Brading, David (1985), *Los orígenes del nacionalismo mexicano*, México, Era.

Bustamante, Carlos María de (1987), *El nuevo Bernal Díaz del Castillo, o sea la invasión de los anglo-americanos a México*, 2 vols., México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana (Obras Fundamentales de la República Liberal).

Díaz Covarrubias, Juan (1959), *Obras completas*, 2 vols., edición, estudio preliminar y notas de Clementina Díaz y de Ovando, México, UNAM.

Florescano, Enrique (2002), *Historia de las historias de la nación mexicana*, México, Taurus.

Gellner, Ernest (1991), *Naciones y nacionalismo*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Alianza (Los Noventa, 53).

Hobsbawm, Eric J. (1991), *Naciones y nacionalismo desde 1780*, Barcelona, Crítica.

Illades, Carlos (2001), *Estudios sobre el artesanado urbano del siglo XIX*, 2ª ed., revisada y aumentada, México, Miguel Ángel Porrúa/UAM (Biblioteca de Signos, 15).

Joseph, Gilbert M. y Daniel Nugent (comps.) (2002), *Aspectos cotidianos de la formación del Estado*, México, Era.

Lomnitz-Adler, Claudio (1995), *Las salidas del laberinto. Cultura e ideología en el espacio nacional mexicano*, México, Joaquín Mortiz.

Mateos, Juan A. (1976), *El Cerro de las Campanas. Memorias de un guerrillero*, prólogo de Clementina Díaz y de Ovando. México, Porrúa (Sepan Cuantos..., 193).

Ortiz Monasterio, José (1994), *Historia y ficción. Los dramas y novelas de Vicente Riva Palacio*, México, Universidad Iberoamericana/Instituto de Investigaciones José María Luis Mora.

Payno, Manuel (2000), *El fistol del diablo*, 2 vols., prólogo de Aurelio de los Reyes, presentación y coordinación de Boris Rosen Jélomer. México, Conaculta.

Paz, Octavio (1999), *El laberinto de la soledad, Posdata, Vuelta a El laberinto de la soledad*. México, FCE (Colección Popular, 471).

Pizarro, Nicolás (1861), *El monedero*, México, Imprenta de Nicolás Pizarro.

Prieto, Guillermo (1999), *Lecciones de historia patria*, compilación y notas Boris Rosen Jélomer. México, Conaculta.

Riva Palacio, Vicente (1997), *Calvario y Tabor (novela histórica y de costumbres)*, coordinación de José Ortiz Monasterio, prólogo de Vicente Quirarte, 3ª ed., México, Conaculta/UNAM/Instituto Mexiquense de la Cultura/Instituto de Investigaciones José María Luis Mora.

Roa Bárcena, José María (1971), *Recuerdos de la invasión norteamericana (1846-1848) por un joven de entonces*, edición y prólogo de Antonio Castro Leal, 3 vols., México, Porrúa (Colección de Escritores Mexicanos).

Sabato, Hilda (coord.) (1999), *Ciudadanía política y formación de las naciones. Perspectivas históricas de América Latina*, México, FCE/El Colegio de México/Fideicomiso para la Historia de las Américas.

Said, Edward W. (1996), *Cultura e imperialismo*. Barcelona, Anagrama (Argumentos, 187).

Semo, Enrique (1982), *Historia mexicana. Economía y lucha de clases*. 2ª ed., México, Era (Serie Popular, 66).

Suárez de la Torre, Laura Beatriz (coord.) (2001), *Empresa y cultura en tinta y papel (1800-1860)*, edición de Miguel Ángel Castro, México, Instituto de Investigaciones José María Luis Mora/UNAM.

Williams, Raymond (1984), *Hacia el año 2000*, Barcelona, Crítica (Serie General. Estudios y Ensayos, 128).

Wolf, Eric (1985), *Pueblos y culturas de Mesoamérica*, 9ª ed., México, Era.